 Salmanticensis 63 (2016) 481-493

Instituto Superior de Pastoral, *El rostro del sufriente nos interpela*, Madrid 2016, 208 p.

«El rostro del sufriente nos interpela» es el título sobre el que han versado las ponencias realizadas en el Instituto Superior de Pastoral (UPSA-Madrid), en el curso 2015-2016, en torno al tema de la Misericordia.

En su ponencia, *Juan Antonio Estrada* recordó a Juan XXIII, cuando afirmó que la Iglesia de nuestro tiempo «prefiere usar la medicina de la misericordia más que la severidad». Después de muchos de años de mostrar un rostro diferente al propuesto por el Papa bueno, es hoy el Papa Francisco quien presenta la misericordia como «el rasgo central de Dios». Comentó que Jesucristo fue depurando con su palabra y sus obras las imágenes tradicionales de Dios, llenas de terror y castigos divinos. Por otra parte dijo que es vital recrear otra teología de la Cruz, desde el reverso de la historia, desde las víctimas, quienes no tienen poder. El triunfo de la cruz es para los que sufren la injusticia y luchan contra ella. Vale la pena vivir como Jesús, desde un Dios que no es neutral, pues está de parte de las víctimas, y ofrece sentido a los que luchan contra el mal y no se resignan, no optando por la omnipotencia, sino por la misericordia. En la cruz se descubre al Dios oculto. Resucitan los crucificados que han hecho de su vida una entrega a los que sufren. El rostro del otro nos interpela y nos hace tomar conciencia de que somos responsables de las víctimas, el lugar por excelencia desde el que Dios revela su rostro y va más allá de la justicia con la misericordia y el perdón.

*José Cristo Rey García Par*edes habló de dos sacramentos de la misericordia: la Unción y la Reconciliación, resaltando sobre todo de este último su dimensión comunitaria, colectiva, porque la justicia de Dios no es la que condena, sino la que hace vivir. Jesús fue la encarnación de la misericordia de Dios, que derrama sobre nosotros por medio del Espíritu Santo. La liturgia sacramental es fuente y cumbre de la misericordia. Por eso los sacramentos bien celebrados comportan un cambio en las actitudes y la conducta de vida. Las parábolas de la misericordia en el Evangelio son un claro exponente de cómo hay que actuar. Hay que potenciar muchísimo más

Universidad Pontificia de Salamanca

en nuestras comunidades cristianas las celebraciones comunitarias de la Penitencia, como un signo del cuidado misericordioso de Dios, siendo creativos y audaces, incluso restaurando creativamente el ministerio de este sacramento al laico, como se hacía ya en la Edad Media.

Elisa Estévez López reflexionó en su ponencia sobre «la misericordia en la vida y mensaje de Jesús de Nazaret». Lo primero que destacó es que Jesús refleja el rostro misericordioso de su Padre Dios; la misericordia encarnada en él fue el amor de Dios en ejercicio, y hoy es una provocación constante para toda la Iglesia. Para Jesús, el buen samaritano, el extraño, se convierte en paradigma de la misericordia, que invita a romper fronteras, creando una nueva forma de pensar y sentir. Jesús es el rostro de la misericordia de Dios, pues su vida y su misión hunden sus raíces en Dios mismo que mira la historia desde los últimos, adopta su perspectiva, toma su lugar. Y hace posible que todo hombre y mujer sean divinizados. La misericordia altera los valores imperantes y nos introduce en la esfera de la gratuidad absoluta de Dios, como novedad creadora y sorpresa que transforma. En sus comidas puso de relieve la vinculación entre el banquete del Reino, la misericordia y el perdón.

Jesús Martínez Gordo presentó algunas claves para leer la exhortación *Amoris Laetitia*, después de haberse celebrado el Sínodo Extraordinario de 2014 y el Ordinario de 2015. Francisco expresa el centro del mensaje de la misericordia diciendo que «si el Señor no se cansa de perdonar, nosotros no tenemos otra elección que esa», hablando sobre la recepción de la comunión y del sacramento de la reconciliación a los divorciados civilmente. Para este y otros asuntos que se trataron en el Sínodo de 2014 recabó, de forma inusual, el parecer de la base eclesial en lo referente a la familia y a la moral sexual. Francisco siempre animó a hablar con *parresía* y escuchar con humildad. Así se desmontó el intento de la minoría para capitalizar la rectitud doctrinal. El texto sinodal dice en el número 84 que los divorciados deben estar «más integrados» en la comunidad cristiana y activar un adecuado «acompañamiento pastoral», y tienen la puerta abierta para su plena incorporación eclesial. La derrota del rigorismo se volvió patente, pero coexistió con su victoria en lo referente a la homexualidad y otros temas morales.

Verónica Nehama, de origen sefardita, habló en su ponencia sobre «*Jésed*. La misericordia en el judaísmo». Explicó que *raham* en hebreo significa entrañas, seno materno, el sentimiento visceral de una madre hacia su hijo, pues Dios posee el atributo de la misericordia en grado infinito. Las fiestas del año nuevo hebreo son un momento para reconocer las faltas y arrepentirse. La *tzedaká* es un diezmo solidario para atender las necesidades de los pobres. El

Universidad Pontificia de Salamanca

principio de equidad en la Torá es «no hagas a los demás lo que no quieras para ti», como en las escrituras santas de las tres principales religiones. Por eso el proceder ético es fundamental. *Jésed* es intraducible, pues fusiona en un término amor, compasión y bondad, y sería el equivalente masculino de *raham*. La justicia debe ir acompañada de misericordia y equidad; ser misericordiosos permite expiar las propias transgresiones. La misericordia puede considerarse un punto de convergencia entre las religiones monoteístas. Es necesario resaltar el carácter altruista de la misericordia, en una actitud de gratuidad gozosa hacia el prójimo.

Por último *Agustín Rodríguez Teso* habló sobre la misericordia en lo social y la relación entre la misericordia y la justicia, analizando la bula *Misericordiae Vultus*. Cuando alguien hace daño de verdad, parece que hablar de misericordia está de más, pero en realidad la justicia y la misericordia son dos dimensiones de una única realidad. La justicia es un abandono confiado en la voluntad de Dios. Jesús nos muestra el gran don de la misericordia y, de hecho, la regla de vida de sus discípulos es el primado de la misericordia, y la dimensión fundamental de la misión de Jesús: la justicia de Dios es su perdón. En el documento *Misericordiae Vultus* la justicia queda superada por la misericordia. El Reino de Dios y su justicia es el punto de llegada y, en potencia, ya está dentro de nosotros. La justicia verdadera no puede ser un instrumento de venganza, sino de ecuanimidad, o de parcialidad, siendo generosa con el más débil. Las parábolas de la desmesura de Dios así lo afirman. Hacer justicia es volver a restituir lo que Dios soñó que había de ser, no dependiendo de lo que yo haga sino de lo que Dios quiere para mí. Debemos hacer justicia a los pobres no porque sean buenos sino porque son hijos de Dios. El camino para alcanzar la justicia es el de la misericordia, con humildad y reconociendo la propia vulnerabilidad. Escucharnos, que alguien crea en nosotros, encontrar un corazón que nos acoja, es vital para que yo aprenda a ser misericordioso conmigo mismo. El perdón puede abrirnos a una sincera misericordia, por eso los únicos que pueden dispensar el perdón son las víctimas, después de un largo proceso de sanación y generosidad misericordiosa. El ámbito de lo social nos lleva a la comensalidad implicada con las víctimas, asociándonos al destino de todos aquellos con los que hacemos causa común desde su propio sufrimiento, buscando caminos de inclusión globales y para todos.

Miguel Ángel Mesa Bouzas

Universidad Pontificia de Salamanca

Mª Dolores López Guzmán, *Aquí en el cielo,* Santander 2016, 245 p.

Cuando la autora de *Aquí en el cielo* me contó mientras tomábamos un café juntas que había empezado a escribir un libro "sobre el cielo", me alegré enormemente. He pensado muchas veces lo urgente que es para todos los que repetimos en el Credo que creemos en la vida eterna, que alguien nos explique de manera actual, inteligible y a la vez rigurosa y enraizada en la Tradición, en qué consiste eso que afirmamos creer. Y sabía que Mª Dolores López Guzmán era la persona indicada para hacerlo.

Pertenezco a la generación familiarizada desde la infancia, gracias al catecismo (Ripalda en mi caso), con el lenguaje de las *postrimerías*, término este seguramente desconocido para cualquier joven de hoy. Aprendíamos entonces que el cielo era "el conjunto de bienes sin mezcla de mal alguno" y, si preguntábamos más sobre ello, las explicaciones diferían según el poderío imaginativo de quien nos respondía: "allí no haremos otra cosa más que contemplar a Dios", "viviremos embelesados escuchando los cánticos de los querubines y los serafines", "estaremos rodeados de los santos, los ángeles y los arcángeles…" "Dios nos espera en el paraíso celestial…". Recuerdo que aquellas descripciones y promesas generaban en mí bastante preocupación por la exigencia de quietud que se suponía debería mantener para no estropear la escena.

Por otra parte, expresiones como "el descanso eterno" de las oraciones litúrgicas y el "descanse en paz" de las esquelas y necrológicas, me han resultado siempre planas y carentes de interés al presentar la eternidad como una etapa en la que estaremos dedicados fundamentalmente a algo tan poco estimulante como "descansar". De hecho, estudiar a los Profetas hizo que la expresión "visión beatífica" me resultara sospechosa de un individualismo de influencia platónica, en comparación con las imágenes proféticas que evocan banquetes, fiesta y mesa compartida (Cf. Is 25,1-10).

Me ha alegrado por eso coincidir, una vez más, con la autora cuando se pregunta también: "¿Y qué tiene de atrayente y maravillosa esa "visión beatífica" que se nos promete, es decir, la contemplación de Dios en el cielo? Porque, en principio, no provoca excesiva emoción. En parte, por la imagen de Dios que se tiene; en parte, por la sensación de aburrimiento que transmite el pensar que el Más Allá podría consistir en un éxtasis permanente acompañado de una anodina expresión de arrobamiento ante la contemplación del Sumo Bien. ¿Puede de verdad llenar tanto el corazón? ¿Por qué desearlo fervientemente?" (p.96)

Universidad Pontificia de Salamanca

Es verdad que en el Catecismo de la Iglesia Católica (nº1027) se reconoce que "este misterio de comunión bienaventurada con Dios y con todos los que están en Cristo, sobrepasa toda comprensión y toda representación" e incorpora imágenes bíblicas: "vida, luz, paz, banquete de bodas, vino del reino, casa del Padre, Jerusalén celeste, paraíso: "Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman" (1 Co 2, 9). Pero el imaginario católico sufre una profunda devastación que urge remediar y eso hace tan oportuno el libro que ahora tenemos entre manos. Y no solo por su intento, tan conseguido, de "repoblar" ese imaginario, sino porque se atreve a provocar una reflexión sobre ese "cielo" que hoy parece atraer pocas miradas. Y es que, si antes se nos reprochaba a los cristianos que abandonábamos los asuntos terrenos por mirar a lo alto, ahora ocurre todo lo contrario y en palabras de José Antonio Pagola: "Hoy son muchos los cristianos que han dejado de mirar al cielo. Las consecuencias pueden ser graves. Olvidar el cielo no conduce automáticamente a preocuparse con mayor responsabilidad por la tierra. Ignorar al Dios que nos espera y nos acompaña hacia la meta final no da mayor eficacia a nuestra acción social y política. No recordar nunca la felicidad a la que estamos llamados no acrecienta nuestra fuerza para el compromiso diario. Al contrario, obsesionados sólo por el logro inmediato de bienestar, atraídos por pequeñas y variadas esperanzas, podemos acortar y empobrecer el horizonte de nuestra vida, perdiendo el anhelo de lo infinito. No necesitaremos que alguien nos grite: "Creyentes, ¿qué hacéis en la tierra sin mirar nunca al cielo?" ("Creo en la vida eterna", *Sal Terrae*, Nov. 1987, 856-858).

Sobran por tanto motivos para adentrarse en esta obra que, en palabras de su autora, "nace de una curiosidad, un deseo, y una convicción triple: La curiosidad sobre cómo será esa vida eterna que Jesús nos promete en el evangelio (¿merecerá realmente la pena?); el deseo de escuchar todo lo que Dios dice (también del otro mundo); y la triple convicción de que todo lo que procede de Él siempre es beneficioso para nosotros, de que es posible dibujar una imagen con algunos rasgos de ese cielo que nos adelanta en su persona, y de que la separación entre el cielo y la tierra no es tan real como habitualmente se pinta. Frente a la extendida idea de que pensar en las cosas del Más Allá nos evade de la realidad, queda el hecho de que la contemplación de lo celestial, cuando es auténtica, empuja a la persona a comprometerse con más fuerza en la tierra y a exprimir el amor que ya podemos disfrutar desde aquí que está destinado a no tener fin".

El libro está estructurado en tres partes: la primera, "Lágrimas en el cielo" es un intento de justificar por qué es posible experimen-

Universidad Pontificia de Salamanca

tar algo del cielo en medio del sufrimiento de la vida; la segunda, "En la tierra como en el cielo" trata de reinterpretar imágenes clásicas sobre el mundo celeste, a través de lo que los sentidos corporales y espirituales nos muestran; y en la tercera, "El final feliz" se presentan tres escenas (dos bíblicas y una de la tradición) que nos adelantan algo de lo que nos espera, así como un resumen de los tres rasgos fundamentales que configuran la vida celestial: pobreza, crecimiento y eterna familiaridad.

Según iba avanzando en su lectura, he recordado una anécdota que me contó una monja cisterciense: cuando entró en el monasterio, el claustro estaba totalmente recubierto de yeso, y ella, en el tiempo de descanso de mediodía, se iba allí y con una navajita rascaba y rascaba, convencida de que debajo había piedra. Un día, un trozo de aquella capa de yeso se desprendió y apareció el románico del s.XII que hoy luce en todo su esplendor.

Algo así experimenta el lector/a al leer estas páginas: la autora parte del lenguaje tradicional, muchas veces ya esclerotizado, y de sus imágenes barrocas ininteligibles hoy para nuestra sensibilidad ("corte celestial", "coros angélicos" "coronación"…); las despoja de su hieratismo y falsa solemnidad, explica su origen y las conecta con textos de muchos otros autores de interesante diversidad: desde los Padres a Benedicto XVI, pasando por Juliana de Norwich, Teresa de Lisieux, Pedro Fabro, Michael Ende, Oscar Wilde, Bakhita, Evdokimov, Isak Dinesen, Etty Hillesum, García Márquez o Péguy (¡pero cuánto lee esta mujer!). También las incursiones en el arte (pintura, música…) amplían y expanden la perspectiva. El lenguaje se va ensanchando y enriqueciendo con la cercanía de experiencias vitales tan diversas y, finalmente, encuentra su espacio y su hogar en el Evangelio y ahí queda revestido de su belleza y su novedad.

En los últimos capítulos, el recorrido por los cinco sentidos invita al lector/a a sumergirse en ellos y a explorar las infinitas posibilidades y matices que ofrecen a la hora de pensar la vida eterna y hablar sobre ella.

Un motivo de especial celebración es que en un libro de teología profundo y sólido como este, todo esté dicho de una manera sencilla y accesible, sin recurrir a esas expresiones alambicadas que, bajo apariencia de erudición, ocultan la dificultad del que escribe para comunicar con claridad su pensamiento. Así leemos: "el cielo no es un gueto", "hacernos hueco en el seno de la Trinidad", "cerca de Dios siempre hay oxígeno", "dejarse esponjar por el Misterio", "la Casa de Dios huele a paz", el Purgatorio es "la estancia de las lágrimas", "el Señor está rodeado de buena compañía", "el cielo es el paraíso de la amistad", "en él nos sentiremos en casa"…

Universidad Pontificia de Salamanca

La portada, ideada por la autora, nos transmite su convicción más firme: podemos percibir ya aquí ese Más Allá que nos espera, el cielo está ya reflejándonos en nuestra existencia cotidiana, con la misma humilde presencia del Crucificado en un charco del camino.

Dolores Aleixandre

Kiko Argüello, *Anotaciones (1988-2014),* B.A.C., Madrid 2016, 296 págs.

Este libro contiene las *notas* que Kiko Argüello fue plasmando en sus cuadernos durante más de cinco lustros y que ahora hace públicas, según indica en la Introducción, con la intención de *proclamar la gloria de Dios, dando testimonio de su amor gratuito y su fidelidad incondicional hacia mí que, como se podrá comprobar, soy inadecuado, indigno, inútil, infiel, inicuo…Si estas anotaciones ayudan a alguien, bendito sea Dios*.

El libro permite conocer "por dentro" la identidad del Camino Neocatecumenal y el despliegue de este "carisma" surgido como fruto del Concilio Vaticano II. Argüello describe sus vivencias ante los distintos hitos que han ido jalonando los discernimientos eclesiales sobre el Camino Neocatecumenal: La Carta *Ogniqualvoltta* dirigida a Mons. Josef Paul Cordes del 30 de Agosto de 1990 con la que el Papa Juan Pablo II reconoce el Camino Neocatecumenal como un itinerario de formación católica válida para la sociedad y para los tiempos de hoy, la floración de los *Seminarios diocesanos Redemptoris Mater*, la puesta de la primera piedra de la *Domus Galilae*, la aprobación del *Estatuto* del Camino Neocatecumenal el 29 de Junio de 2002 *ad experimentum* por cinco años y su aprobación definitiva el 13 de Junio de 2008, la aprobación del *Directorio catequético* en 2012, las múltiples convivencias de Obispos e itinerantes, visitas a las comunidades en todos los continentes, intervenciones en las asambleas sinodales, participación en las JMJ, celebración de la sinfonía *El sufrimiento de los inocentes* en Jerusalén, Estados Unidos y Auschwitz, etc.

La lectura pausada y meditativa de cada una de las anotaciones pone al lector en contacto vivo con la Palabra de Dios (¡unas 180 anotaciones tienen referencias de citas bíblicas!), con las fuentes de la tradición hebraica: Mishnah y Talmud; nos encontramos también con la sabiduría de los Padres del desierto, con la influencia de los místicos españoles, Santa Teresa de Jesús y muy especialmente del *Cántico espiritual* y el Poema *Noche oscura* de San Juan de la

Universidad Pontificia de Salamanca

Cruz, en los que Argüello ha encontrado una fuente de inspiración constante para desvelarnos los distintos estados de su alma "en carne viva" (502). Otros santos y místicos van apareciendo en estas breves notas: San Agustín, Santa Catalina de Siena, la Beata Isabel de la Trinidad, Santa Teresita del Niño Jesús, el Beato Charles de Foucauld...

A pesar de los diversos pensamientos, reflexiones y máximas de temáticas no siempre coincidentes a lo largo del libro, a mi juicio es posible encontrar un núcleo troncal que vertebra la mayor parte de las notas: el dedicado a la *santa humildad de Cristo,* que como un estribillo atraviesa toda la obra (22 veces). El libro, sin pretenderlo en absoluto, nos ofrece un verdadero tratado de espiritualidad cristiana fundamentada en la virtud de la *humildad*, derivada del amor de Jesucristo. La experiencia del encuentro de Kiko con el Jesús-humilde y humillado en el rostro de los pobres de Palomeras Altas está en la base de su experiencia espiritual y mística. Para que el lector calibre la importancia que el autor da a esta virtud baste decir que en cerca de cien, de las 506 anotaciones, versan sobre la humildad y cómo llegar a ser humildes.

Diversos pensamientos, reflexiones y máximas se van sucediendo a la largo de la lectura del libro: cómo actúa el pecado en el hombre, y también el demonio, las angustias por causa de la evangelización, cómo tener celo evangelizador, en qué consiste la evangelización, reflexiones en torno a la oración, cómo vivir el *Shemâ*, sobre el fracaso, la obediencia, la predicación, el sentido de la persecución, sobre las "buenas obras" que de antemano Dios ha dispuesto que practiquemos, la hipocresía, la belleza, el amor al enemigo, el trípode del Camino Neocatecumenal, vivir en pequeña comunidad, qué es ser cristiano, reflexiones sobre la vejez, la enfermedad y la muerte, el sufrimiento que le provocaron las críticas mordaces tras pintar la Catedral de Madrid, los ecos en torno a la celebración sinfónico-catequética que tuvieron lugar en Jerusalén, Boston, Nueva York y Chicago. Muy conmovedoras son las referidas al nacimiento de las dos primeras comunidades neocatecumenales en China y los inicios del Camino en las barracas de Palomeras Altas de Madrid y estremecedoras las reflexiones finales de Argüello en torno a su ser en Cristo, la vejez y la muerte en forma de poemas que dejan traslucir un alma despojada de todo y abandonada sólo en Dios.

Conforme avanza la lectura del librito, las máximas de vida espiritual, las reflexiones y soliloquios se van transformando en *ayes* lastimeros, gemidos incesantes y poesía de alto contenido místico. Sin lugar a dudas, uno de los "tesoros" que el lector va a encontrar en las *Anotaciones* de Kiko Argüello son sus *poemas* (¡más de 80!) que van radiografiando el alma del autor vienen a ser como

Universidad Pontificia de Salamanca

la corona del libro; de hecho, desde el número 470 hasta el 506 lo que en verdad leemos es palabra poética, expresión sublime para comunicar el arte de amar, el lenguaje más propio para hablar de la relación con el Amado. A través de bellas anotaciones nos sumergimos en el misterio del ser criatura, en el caminar hacia Dios, en la nada, en el infierno de la ausencia divina, en la belleza cósmica, en la luz, en la precariedad de la existencia, en el fluir del tiempo, del transcurrir de la vida, de la fugacidad de las cosas, en el Amor de Dios-Trinidad, en la dulzura del amor callado, del Espíritu Santo, de la Virgen María, en el vacío de la vida sin Cristo, en la ausencia del amor que hace doler al corazón, en el celo por la evangelización, en el abandono de los pobres, de los gemidos, en las fatigas del cuerpo y del alma, en el descenso de Jesucristo a los infiernos de nuestra existencia, en el quedarse sin nada, en la noche oscura, en la vejez y la muerte...

Este libro no es un tratado de teología sistemática ni el autor lo pretende, sin embargo su lectura ayudará a los que se dedican al estudio de la pastoral y la vida espiritual a comprender mejor las múltiples aportaciones que el Camino Neocatecumenal ofrece hoy a la Iglesia en estos ámbitos de su misión evangelizadora.

Juan José Calles Garzón

Acerbi, S.- Marcos, M.- Torres, J. (ed.), *El obispo en la Antigüedad tardía. Homenaje a Ramón Teja*, Editorial Trotta, Madrid 2016, 364 pp.

Veinte investigadores y profesores universitarios de Historia Antigua y Filología Clásica se reúnen en esta obra colectiva, bajo la dirección de las profesoras Silvia Acerbi, Mar Marcos y Juana Torres, para rendir homenaje al catedrático Ramón Teja, de la Universidad de Cantabria, con motivo de su jubilación.

Como volumen homenaje colectivo, cabría considerar, al menos, la vida y la obra del autor que lo motiva, el tema transversal que aborda y los diferentes trabajos individuales que se engarzan en su elaboración. En otro orden, que completa un trabajo científico muy relevante, con cargo a los proyectos de investigación de la profesora Acerbi, también convendría atender a una edición muy cuidada, en pasta dura, que ofrece la Editorial Trotta, en los formatos habituales, a lo largo de 364 páginas.

La obra se completa con un índice de los obispos mencionados en el texto y algunos gráficos, fundamentalmente mapas históricos

Universidad Pontificia de Salamanca

del territorio peninsular ibérico en la etapa de la tardo Antigüedad, insertos en la explicación sobre los obispos y presbíteros en el supuesto concilio de Elvira a principios del siglo IV. En este anexo, no habría extrañado la inclusión de un índice de lugares, en particular de las sedes referidas en el texto, que permitiera obtener, con cierta exactitud, un panorama general de la extensión de la Iglesia en sus primeras etapas.

En cuanto a la vida y la obra del profesor Teja Casuso, los méritos para este homenaje no son menores. Los desgrana, en la *Laudatio*, con cierta y calculada complicidad, el profesor José Fernández Ubiña, de la Universidad de Granada, que le reconoce como su maestro. Desde que accediera a la agregaduría de Historia Antigua de la Universidad de Salamanca en abril de 1975 y, sobre todo, desde que, en 1978, ganara una cátedra en la Universidad de Cantabria, que ha ocupado hasta 2014, su magisterio docente y científico queda bien patente en la relación pormenorizada que hace de una obra escrita que se acerca a los doscientos títulos.

Ramón Teja, que fue el primer decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cantabria, en los primeros años de la democracia, ejerció también como consejero de Cultura, Educación y Deporte del gobierno de esta comunidad entre 1982 y 1984. Sin embargo, donde ha podido consolidar su obra ha sido, sobre todo, en torno a la Historia Antigua del cristianismo y la Iglesia primitiva, a cuyo análisis, después de ciertos acercamientos parciales a la realidad del bajo Imperio romano, a través de la Filología Clásica, llegó relativamente pronto.

Los planteamientos filológicos del maestro salmantino Antonio Tovar abrieron al joven estudiante Ramón Teja a un universo intelectual del que, sin duda, se ha beneficiado la investigación posterior. El profesor Tovar concebía el estudio del mundo antiguo desde una dimensión global, holística, integradora, no solo desde la Literatura o la Filología, que exigía el conocimiento de la Arqueología, la Numismática o la Epigrafía. En esta senda se introdujo pronto el joven Teja, lo que le ha permitido, en estos años, la renovación de los estudios sobre la Antigüedad, como queda patente en esta publicación colectiva.

El profesor Fernández Ubiña delimita bien el perfil intelectual de Teja, tarea nada sencilla, dada su interdisciplinariedad, que empezó a desgranar en los primeros años setenta. En una España científicamente desértica tras años de inanición, y de los primeros intentos de reconstrucción histórica desde indagaciones de corte social, Ramón Teja evitó las mareas contrapuestas del viejo empirismo decrépito y del materialismo voluntarista que arraigó en la

Universidad Pontificia de Salamanca

universidad española del final del franquismo. Según su cronista, la suya fue una reflexión sociológica propia, con ciertas conexiones, no buscadas, con Marcelino Vigil, con quien compartió un uso similar de la documentación eclesiástica, también en el rigor metodológico, de la Hispania altomedieval, en el caso de Vigil, y de la Capadocia antigua, en el de Teja.

Lo más importante y, probablemente, el factor fundamental para la comprensión de la obra de Ramón Teja, es que, sobre todo en sus primeros trabajos, no indaga, en sentido estricto, la historia del cristianismo o de la Iglesia, sino que utiliza las fuentes cristianas para analizar la realidad social o económica que reflejan. Pero pronto descubre el cristianismo y la Iglesia antigua como objeto en sí mismo, a lo que ha dedicado los últimos treinta años, más de ciento veinte monografías y artículos de investigación, y alrededor de ciento cincuenta intervenciones en los más variados congresos.

Probablemente el mejor resumen de toda esta trayectoria la haga el propio Fernández Ubiña en un momento de su exposición: "Con Ramón Teja [...] y con el puñado de investigadores laicos que lo acompañaron en esta aventura o siguieron su magisterio, el cristianismo y la Iglesia antigua, hasta entonces solo explicado en las facultades de Teología, se convirtieron en tema de investigación científica y, no casualmente, también en disciplina académica de no pocas de nuestras universidades."

En cuanto al tema transversal que aborda esta monografía, el obispo en la antigüedad tardía, destaca, en primer lugar, el hecho mismo de que se haya establecido un eje programático para una obra colectiva de reconocimiento a un profesor que se jubila. En muchas ocasiones, los compañeros y discípulos, con esta ocasión, suelen presentar temas heterogéneos que hablan más de su propia labor y líneas de investigación que de las de aquel que se quiere homenajear.

Las tres coordinadoras de la edición: Silvia Acerbi y Mar Marcos, profesoras titulares de Historia Antigua; y Juana Torres, titular de Filología Latina, de la Universidad de Cantabria, han señalado la figura del obispo cristiano en la antigüedad grecorromana como argumento principal de toda la obra porque el propio Teja le dedicó una atención singular al considerar que "el obispo es la creación más original del mundo antiguo en su etapa final y la que quizá mejor caracteriza la sociedad tardo antigua."

Esta monografía colectiva, que "pretende ser un exponente privilegiado del alto nivel investigador y científico que han alcanzado en los últimos años en España los estudios sobre la Antigüedad tardía y el cristianismo," según explican las editoras en la presentación,

Universidad Pontificia de Salamanca

al interpretar un mismo argumento desde diversos y complementarios puntos de vista, se convierte en un texto que revela esta misma calidad intelectual de los equipos nacionales de investigación y, de paso, en un trabajo de referencia para el argumento que desarrolla.

En cuanto a los diferentes trabajos individuales, después de la *Laudatio* de Fernández Ubiña, que se completa con una relación de los 183 títulos de Teja, publicados entre 1971 y 2015, todos presentan una estructura similar. Se trata de textos breves, en torno a 15 páginas, de lectura ágil, con pocas notas al pie; con un rigor científico y expositivo muy exacto. Cada colaboración se completa con una selección bibliográfica considerable, entre 15 y más de 50 títulos, que fortalece el carácter y la trascendencia del conjunto de la obra.

José Fernández Ubiña diserta sobre el "origen y consolidación del episcopado monárquico"; Silvia Acerbi, sobre "el obispo y los concilios"; Gonzalo Gravo, de la Complutense de Madrid, sobre "el obispo y los conflictos sociales"; Carles Buenacasa Pérez, de la Universidad de Barcelona, sobre "el obispo y el patrimonio eclesiástico"; Santiago Castellanos, de León, sobre "el obispo como líder ciudadano"; Pedro Castillo Maldonado, de Jaén, sobre "el *funus episcoporum* y la `santificación´ del obispo"; Pablo de la Cruz Díaz, de Salamanca, sobre "el obispo y las invasiones de los pueblos bárbaros"; María Victoria Escribano Paño, de Zaragoza, sobre "el obispo y los heréticos"; Raúl González Salinero, de la UNED, sobre "el obispo y los judíos"; Juan Antonio Jiménez Sánchez, de Barcelona, sobre "los obispos y los espectáculos"; Mar Marcos, sobre "el obispo y sus biógrafos"; Pere Maymó i Capdevila, también de la Universidad de Barcelona, sobre "el obispo y las reliquias"; Esteban Moreno Resano, de Zaragoza, sobre "el obispo como juez"; Alberto J. Quiroga Puertas, de Granada, sobre "el obispo como *orator christianus*"; Francisco Salvador Ventura, también de Granada, sobre "el obispo como historiador"; Juana Torres, sobre "las elecciones episcopales y el *cursus honorum*"; Purificación Ubric Rabaneda, también de la Universidad de Granada, sobre "el obispo y la actividad edilicia"; Margarita Vallejo Girvés, de Alcalá, sobre "el obispo y los emperadores"; Raúl Villegas Marín, de Barcelona, sobre "el obispo y los monjes"; y Josep Vilella Masana, también de Barcelona, con algunos mapas, según anotamos, sobre "los obispos y presbíteros del supuesto concilio de Elvira."

Tal vez, como ausencia, en este elenco de profesores universitarios, en algunos casos de larga trayectoria y fecunda producción historiográfica, cabría haber incluido alguna colaboración de los investigadores de Historia Antigua de la Iglesia, orígenes del cristianismo y Arqueología cristiana de las facultades teológicas españolas. En los años setenta, cuando el profesor Teja publicó sus

Universidad Pontificia de Salamanca

primeros trabajos, la producción historiográfica eclesiástica podría no estar a la altura de la exigencia metodológica que exigía la nueva ciencia. Él mismo pretendió establecer nuevos criterios interpretativos para un mismo problema. En un momento de su *Laudatio*, el profesor Fernández Ubiña afirmó que, antes que él, en España, "apenas se había hecho buena historia de la Iglesia." La bibliografía de los diferentes capítulos, fundamentalmente extranjera, muestra, tal vez, esa misma carencia. En la actualidad, sin embargo, las nuevas generaciones de historiadores de las facultades eclesiásticas españolas formados, durante décadas, en los centros de investigación de Roma y Jerusalén, estarían en condiciones de ofrecer unos trabajos con un rigor científico muy considerable, y la inclusión de alguno de ellos en este elenco habría permitido manifestar una verdadera colaboración entre dos ámbitos de estudio que han estado distanciados. El propio Teja descubrió y experimentó, desde sus primeros años en la Universidad de Colonia, la importancia de la colaboración científica entre colegas de la Antigüedad y especialistas de los diversos saberes implicados.

En cualquier caso, estamos ante un trabajo muy relevante que, además de rendir justo homenaje al profesor Ramón Teja, presenta la figura del obispo, clave de interpretación del cristianismo primitivo, desde un conjunto bien armonizado, complementario, de puntos de vista. La calidad de los estudios individuales, firmados por algunos de los investigadores más distinguidos del panorama historiográfico español, garantiza la excelencia científica de esta monografía colectiva.

José Antonio Calvo Gómez

Universidad Pontificia de Salamanca